

JEFF SMITH

BONO



UNA NOVELA DE
TOM SNEGOSKI

EN BUSCA DEL RESPLANDOR
LIBRO DOS

ASTIBERRI



El Nacht se sentía más fuerte.

Rascándose el largo y musculoso cuello, el dragón de la oscuridad ronroneó con satisfacción mientras observaba el antaño tranquilo paisaje que lo rodeaba.

La tierra del Sueño había sido exuberante, verde y llena de vida, pero ahora...

Ahora era como debía ser.

Como era antes de que existiera el Sueño, cuando todo era oscuridad.

Sobre el suelo la sombra líquida formaba charcos y sus largos tentáculos de negro intenso se arrastraban por las ramas de los que fueran árboles floridos. Era como si el sueño, y todo lo que había dentro de él, se hubiese hundido en el más denso... y más negro... alquitrán.

Y al Nacht le gustaba.

Los espíritus malignos que habían escogido servirle giraban excitados alrededor de su cabeza cornuda mientras el dragón se relajaba en un estanque que había sido tan azul como el cielo de verano, pero que ahora era tan oscuro como una noche sin luna.

—Muy bonito —siseó uno de los espíritus.

—Me gusta cómo has decorado esto —comentó otro.

El Nacht soltó una risita, un gañido semejante a un rugido salvaje.

—Bastará por ahora —replicó—. Pero todavía hay mucho que hacer.

—El Sueño —dijo un espíritu que flotaba en el aire ante el temible rostro de la bestia— intenta rechazarte.

—Sí —estuvo de acuerdo el Nacht—. Lo intenta... Pero fracasará.

El dragón sacó una enorme garra de su oscura charca y la oscuridad formó ondas, mostrando imágenes del mundo más allá del Sueño.

El Nacht vio el Mundo de la Vigilia en todo su esplendor, pero deseó verlo ahogándose en la sombra. Desde la oscuridad lo daría forma a su propia imagen.

—Mí poder crece —declaró, bajando la mirada hacia el estanque—. Primero el Sueño... Y pronto el Mundo de la Vigilia también.

Levantó uno de sus musculosos miembros y mojó una curvada garra en el estanque, creando otra serie de ondas.



Los espíritus malvados se acercaron más.

—Oh, sí, los tienes ocupados —dijo uno cuando los reflejos de los daños que el Nacht había causado en el Mundo de la Vigilia aparecieron en el brillante líquido—. Tu primer ataque contra los Señores del Sueño y tus hermanos y hermanas dragones los dejó aprisionados en el reino de la inconsciencia... Muy bien hecho.

El Nacht sonrió, volviendo su atención hacia sus trofeos más valiosos. En el reflejo observó las imágenes de la reina Thorn Harvestar y de su abuela, Rose Harvestar... O Abuela Ben, recordó que la llamaban más frecuentemente... Perfectamente atrapadas por el abrazo del sueño antinatural. Qué molestas habían resultado para el Señor de las Langostas, ¿pero para él?

El Nacht sonrió. «¿Cómo podían esperar de mí algo menos que la excelencia?».

—¿Qué es lo que veo? —preguntó una de las formas fantasmagóricas. Se acercó más a una titilante imagen del estanque—. ¿El Sueño ha encontrado a un campeón?

El dragón movió su poderoso cuerpo en las negras aguas.

—Sólo es un crío —dijo despectivamente.

—Sí, pero ha reunido a otros para su causa...

—Y ha encontrado dos pedazos del primer Resplandor —añadió otro de los malevolentes espíritus—. No está mal para un crío. Si encuentra todos los fragmentos, entonces...

—No importará —replicó el Nacht.

Más espíritus se unieron a los otros, todos observando las imágenes de los campeones del Sueño en las aguas negras.

—Parece un grupo formidable —dijo alegremente uno de los espíritus.

Otro que flotaba junto a él estuvo de acuerdo.

—Creo que el Sueño ha escogido sabiamente.

Con un rugido ensordecedor, el Nacht se levantó, desplegó sus alas y golpeó el suelo con sus patas delanteras, eliminando así las imágenes y dispersando las aceitosas aguas negras.

—¡Basta! —aulló mientras los espíritus se dispersaban intentando evitar la furia del dragón.

Uno se atrevió a volar más cerca.

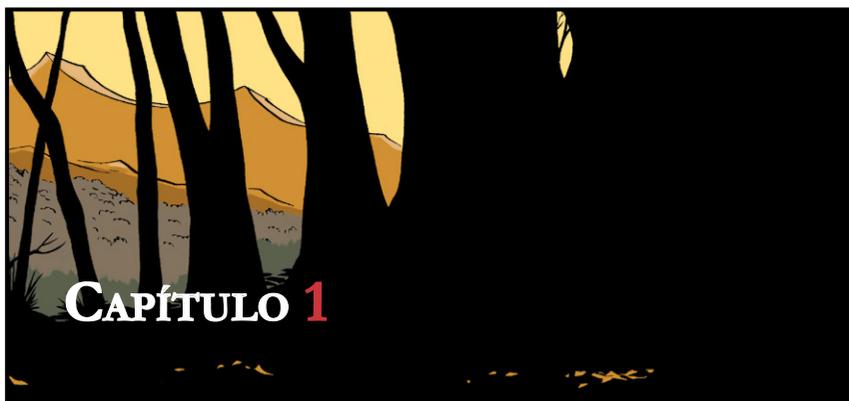
—No queríamos faltarte al respeto, ser malvado —se disculpó—, pero el muchacho y sus amigos parecen estar teniendo cierto éxito y...

—Y fracasarán miserablemente —gritó el Nacht, enviando al espíritu donde estaban los otros flotando a una distancia segura.

El dragón se irguió por completo. Sus enormes alas movieron lentamente el aire fétido y su cola puntiaguda se arrastraba hacia delante y atrás como un péndulo en el suelo manchado de negro.

Había nuevos planes que poner en marcha, planes que garantizarían su éxito. El Nacht observó el Sueño y el Mundo de la Vigilia.

Y lo que vio llevó una sonrisa a su monstruoso rostro.



CAPÍTULO 1

Tom Elm siempre había sabido que el Valle era grande, pero ahora, mientras miraba por la borda de la *Reina del Cielo*, parecía extenderse hasta el infinito.

También le recordaba la enorme tarea que se le había confiado.

El lugar mágico llamado el Sueño lo había escogido para liderar una búsqueda que salvara el Valle de un mal llamado el Nacht, que amenazaba con sumirlo todo en la oscuridad.

—Oh, ¿nada más? —murmuró. A él... A un chico de doce años, recolector de nabos, le habían encomendado esa misión. Siguió mirando el Valle mientras la nave lo sobrevolaba y sus pensamientos se dirigieron hacia su familia... Su madre, su padre y su hermana, todos atrapados por la tenaza de un sueño sin fin.

Un escalofrío le recorrió la espalda como un dedo helado y el desgredado pelo de la nuca se le erizó. Decir que tenía miedo sería quedarse corto. No recordaba haber estado más asustado en su vida.

«Este no es momento para miedos», se dijo Tom, intentando

extinguir las llamas de la ansiedad antes de que creciesen más de la cuenta.

Había demasiado en juego.

Levantó la mano para agarrar la extraña y tosca piedra que colgaba de su cuello en una tira de cuero, una piedra que había creído de la suerte porque la había encontrado dentro de un nabo gigante. Tom sonrió tristemente, recordando momentos más sencillos, cuando no tenía que preocuparse por liderar búsquedas ni salvar el mundo. De repente, ser recolector de nabos no parecía tan malo.

Resultó que la piedra era un fragmento del primer rayo de luz que había hecho retirarse a la oscuridad y a las pesadillas al principio de los tiempos. Encontrarla había sido el primer paso de su misión en nombre del Sueño, que era encontrar los otros pedazos del Resplandor y restaurarlo.

Pero el mal que amenazaba al mundo tenía sus propios planes.

Tom abrió la boca cuando en su imaginación se le apareció una visión de cuatro hombres... El comisario y sus ayudantes, que estaban poseídos por los espíritus malvados que servían al Nacht. Tom y sus amigos se las habían arreglado para escapar de ellos en la *Reina del Cielo*, pero algo le decía que no era la última vez que iban a ver a esas repugnantes criaturas, que aquellos que servían al Nacht no se rendían tan fácilmente.

—¡Vamos a bajarla! —anunció una voz desde detrás de él, recordándole a Tom que no estaba solo en su monumental misión. Otros también habían sido escogidos.

Se volvió y vio a Percival Bone dentro de la cabina de la nave voladora que el aventurero había construido para sus exploraciones. Percival manejaba con pericia las distintas ruedas, válvulas y palancas para poder acercar la *Reina del Cielo* a tierra.

Percival vio que le estaban observando y saludó a Tom con la mano.

—Éste parece un lugar tan bueno como cualquier otro —dijo, señalando a través de la ventanilla de la cabina del piloto un claro en el bosque mientras sostenía el timón de la nave—. Lanza la otra ancla y podremos bajar.

Tom se movió, encantado de hacer otra cosa que no fuese pensar.

Un chirrido repentino le llamó la atención y miró hacia el otro lado de la cubierta. Los sobrinos gemelos de Percival, Abbey y Barclay, junto a Roderick el mapache, estaban animando y dando palmas mientras el monje Veni-Yan, Randolph Clearmeadow, hacía una especie de truco de magia.

Cuatro más que habían sido escogidos para ayudarlo en la misión del Sueño.

El monje extendió la mano y pareció extraer una moneda desde detrás de la oreja de Abbey. La pequeña Bone empezó a reírse histéricamente.

—¿Tengo dinero detrás de la oreja? —dijo su hermano, saltando arriba y abajo.

—¿Y yo? —se apuntó Roderick.

Randolf se rió.

—No, pero podéis quedaros éstas —dijo, sacando tres mo-



nedas de alguna parte de dentro de su deshilachada túnica y dándole una a cada uno de ellos—. Para el mercado, quizá para algún dulce.

Abbey, Barclay y Roderick abrieron los ojos como platos.

—Caramelos —dijeron al unísono.

Un explorador Bone con una nave voladora, un viejo monje guerrero Veni-Yan, un mapache y unos gemelos Bone no eran los candidatos más probables para una misión peligrosa, pero el Sueño actuaba de modos misteriosos.

Un recolector de nabos de doce años tampoco era una elección obvia como líder, pero ahí estaba él.

Y todavía había cosas más raras.

Tom se dirigió al otro extremo de la *Reina*, hacia el ancla de la nave y se topó con dos grandes montones de pelo que roncaban. Aquéllos eran los miembros más extraños e improbables de su grupo y estaban durmiendo encima del ancla. Tom carraspeó con fuerza, esperando despertarlos.

Las mostrorratas siguieron roncando. Vio que una de ellas, la que Barclay Bone había bautizado como Apestoso, aferraba una ardilla muerta contra su pecho peludo, como un niño pequeño abrazaría un muñeco.

Era desde luego una contradicción ver a las mostrorratas así. A las mostrorratas, u Hombres Peludos, como muchos las llamaban, se las consideraba como una de las criaturas más peligrosas y despiadadas del Valle.

—¡Eh! —Tom golpeó a Apestoso con la punta de la bota—. ¡Despierta!



La mostrorrata roncó con fuerza.

—¿Frederick? —farfulló—. ¿Dónde está Frederick?

Por algún motivo, Apestoso había bautizado a su ardilla muerta como Frederick y por qué no se la había comido todavía era otro misterio.

—Lo tienes justo encima del pecho —señaló Tom.

La mostrorrata suspiró aliviada al tiempo que acariciaba el apagado pelo de la ardilla.

—Estás aquí —dijo Apestoso, dándole un beso en la cabeza al roedor muerto. La mostrorrata le dedicó una mirada desconfiada a Tom—. ¿Qué quieres? —gruñó, apretando la ardilla con más fuerza contra su pecho.

—Me preguntaba si... —empezó Tom, pero no tuvo la ocasión de terminar la frase.

—¡No, no te lo voy a dar! —chilló Apestoso tratando de ocultar el animal muerto detrás de la espalda, golpeando con

una pata el costado de su compañero dormido—. ¡Despierta! ¡El joven mamífero quiere quitarme a Frederick! ¡Socorro!

Hediondo, bautizado así por Abbey Bone, se despertó con un potente resoplido.

—¿Qué? ¿Quién? —preguntó la bestia peluda, mirando a su alrededor con la mirada perdida.

—¡El mamífero! —aulló Apestoso, señalando a Tom—. El mamífero quiere quitarnos a nuestro amado Frederick. ¡Haz algo!

Tom elevó la mirada.

—No quiero quitarte a tu ardilla —dijo.

Hediondo se inclinó hacia delante para observar al muchacho.

—¿No quieres la ardilla? —inquirió desconfiado.

Tom sacudió la cabeza.

—No quiere la ardilla —le dijo Hediondo a Apestoso.

—¿Cómo podemos estar seguros de que dice la verdad? —preguntó Apestoso, todavía asustado. Había vuelto a sacar a Frederick de detrás de su espalda y estaba acariciando con furia al animal muerto.

—¿Estás seguro de que dices la verdad? —preguntó Hediondo.

Esta vez, Tom asintió.

—No miente —le dijo Hediondo a su amigo—. ¿Puedo volver a dormirme ya?

Apestoso estaba a punto de contestar cuando Tom le interrumpió.

—Lo que me gustaría que hicierais es moveros —dijo.

—¡Ves! —gritó Apestoso—. Quiere que nos movamos. Primero nos movemos y luego nos roba al pobre Frederick y...

—Necesito el ancla —dijo Tom, señalando al suelo debajo de las mostrorratas—. Estáis sentados encima.

Las dos mostrorratas miraron hacia abajo y lentamente levantaron sus peludos traseros y vieron la pesada ancla de metal que estaba debajo de ellos.

—Fíjate qué cosas —dijo Hediondo.

—Me parecía que el suelo estaba un poco abollado —añadió Apestoso mientras las dos criaturas se apartaban—. Calma, calma, Frederick —arrulló Apestoso, acariciando al roedor muerto—. No voy a dejar que el mamífero malo se te lleve.

—¿Ves lo que tengo que soportar? —le indicó Hediondo al muchacho mientras Tom cogía el ancla que estaba al lado de un rollo de gruesa maroma.

La *Reina del Cielo* se había detenido y Tom lanzó la pesada ancla de metal por un lado de la cubierta. Sonó un golpe seco cuando golpeó la hierba.

—¡Ancla arriada! —gritó, ignorando a Hediondo y volviendo la mirada a la cabina. Vio al último miembro de su expedición, Lorimar, un ser sobrenatural que se había creado un cuerpo a partir de la vida vegetal del Valle. La mujer estaba totalmente inmóvil y miraba por encima de la parte de proa mientras el viento soplaba las hojas de roble de color verde oscuro que formaban su cabello.

Fue Lorimar quien le había contado a Tom sobre la amenaza que ponía en peligro al Sueño y al Mundo de la Vigilia. Fue ella quien le dijo que el Sueño lo había escogido.

Tom se le acercó lentamente, sintiendo curiosidad por saber qué vistas la tenían tan absorbida.

—¿Lorimar? —llamó.

Deteniéndose junto a ella, se asomó y sólo vio árboles y montañas en la distancia.

Pero sospechaba que ella estaba viendo mucho más.



Lorimar había estado observando los mundos más allá del Mundo de la Vigilia, desesperada al ver cuánto se habían estropeado. Era mucho peor de lo que había esperado. El poder del Nacht estaba creciendo y se extendía, y ahora incluso los po-

derosos dragones estaban presos en su monstruosa influencia. Lorimar temía por ellos... Y por su búsqueda. Temía por el Valle y por el mundo que se extendía más allá.

Suaves e invitadoras, unas voces que llegaban desde muy lejos la llamaron de repente desde más allá, unas voces que sólo ella podía oír. Momentáneamente distraída, se concentró en los débiles susurros que rogaban su atención.

«¿Quiénes sois? —preguntó, dirigiéndose a las voces que oía en su mente—. ¿Dónde estáis?».

La respuesta hizo que quisiera gritar por el asombro y la sorpresa.

«¿Cómo es posible?».

Los Primeros habían sido destruidos cuando quisieron ayudar a los dragones a detener al Señor de las Langostas, que había poseído el cuerpo de la gran reina dragón Mím.

Lorimar había sido la única superviviente de los suyos o al menos eso era lo que había creído hasta ahora.

Entonces, tan repentinamente como las había oído, las voces se callaron. Lorimar las buscó desesperadamente.

Pero habían desaparecido y se sintió más sola de lo que se había sentido en mucho tiempo.

Tom estiró el brazo para tocar el brazo cubierto de corteza de Lorimar.

—¿Lorimar? —preguntó en voz baja—. ¿Estás bien?

La mujer-árbol había estado completamente inmóvil, mirando hacia el Valle con una intensidad que lo preocupaba. Al notar

la mano tembló y su melena de hojas hizo un ruido como si la hubiese recorrido un viento repentino.

—Tom —dijo, volviendo su oscura mirada hacia él—, ¿qué puedo hacer por ti?

—¿Qué estás mirando? —Tom estiró el cuello para ver si podía localizar algo fuera de lo corriente.

—Estaba evaluando los daños causados en el Valle... A nosotros —replicó Lorimar—. Y me temo que están creciendo.

—Entonces supongo que es buena idea que hayamos emprendido esta búsqueda, ¿eh? —preguntó Tom sintiendo el peso de su nueva responsabilidad como un saco de piedras al cuello.

—Sí —se mostró de acuerdo Lorimar, volviendo a mirar al paisaje—. Pero ni siquiera yo estoy segura de que la amenaza no haya crecido demasiado para nosotros. Los dragones están durmiendo ahora, Tom. *Los dragones*.

Tom no sabía gran cosa sobre dragones, pero sabía que eran una fuerza poderosa en el Valle y si *ellos* estaban bajo la influencia del Nacht, ¿qué posibilidades podían tener él y su pequeña banda?

No, se dijo. No podía pensar así. Tenía que ser positivo.

—Bueno, puede que los dragones estén dormidos, pero nosotros no y vamos a detener al Nacht.

Ella giró la cabeza hacia él provocando un ruido de hojas y a Tom le pareció ver un asomo de sonrisa en sus rasgos de madera.

—Claro que sí —dijo ella—. Debemos tener fe en el poder del Sueño.

Justo entonces Percival salió de la cabina, ajustándose la cincha de una bolsa de cuero que llevaba sobre el hombro.

—Estáis aquí —dijo el explorador Bone—. ¿Estáis preparados? Los críos y el monje están preparados.

—¿Vienes con nosotros? —le preguntó Tom a Lorimar.

—¿Dónde? —preguntó ésta.

—Necesitamos provisiones —contestó Percival.

—Sí —añadió Tom—. Se nos ocurrió que probablemente deberíamos hacer acopio si vamos a embarcarnos en una búsqueda como es debido. Quién sabe cuándo volveremos a tener la ocasión.

Lorimar se agarró a la barandilla con sus manos semejantes a ramas.

—Las mostrorratas —empezó a decir—, ¿os van a acompañar?

Tom y Percival se volvieron y vieron a las dos mostrorratas escuchando.

Apestoso los saludó con la ardilla muerta.

—Ni de casualidad —dijo Percival.

—No —estuvo de acuerdo Tom, sacudiendo la cabeza.

—Entonces yo me quedaré aquí para vigilarlos —dijo Lorimar.

—Ésa es buena idea —dijo Percival—. Sigo sin estar seguro de confiar en esos dos al cien por cien.

Tom miró a las mostrorratas, que los miraban fijamente y apartaron rápidamente la mirada.

—Vale —oyó que decía Hediondo con arrogancia.

—Tampoco queríamos ir... ¿Verdad, Frederick? —le preguntó Apestoso a su ardilla.

—Entonces está decidido —dijo Percival dándose la vuelta para marcharse—. Lorimar se queda con los dos gemelos peludos y nosotros vamos a por las provisiones. En marcha, Tom.

—¿Estás segura? —le preguntó Tom a Lorimar, pero ella había vuelto a quedarse inmóvil.

Perdida, de nuevo, en sus pensamientos.

Percival, Randolph, los gemelos y Roderick ya habían bajado a tierra por la escalera de cuerda.

Tom dudó, primero mirando el inmóvil cuerpo de Lorimar todavía de pie en la proa y luego a las mostrorratas. Le inquietaba un poco dejar a Lorimar con las dos bestias... Parecía demasiado distraída.

—Vamos, Tom —oyó que le gritaba Percival.

—Sí, Tom, vamos —añadió Roderick.

Tom estaba a punto de pasar por encima de la barandilla de la *Reina*, pero se detuvo. Sabiendo que se enfadaría consigo mismo si no lo hacía, dejó la escalera y se dirigió hacia las mostrorratas.

—¿Sí, mamífero? —preguntó Hediondo cuando llegó hasta ellas. Apestoso movía lentamente su preciado animal muerto tras la espalda.

—Sólo una advertencia —dijo Tom, poniendo su expresión más seria. Pensó en su padre y en lo severo que podía ser de vez en cuando e intentó copiarlo.

Las mostrorratas lo miraron con ojos redondos y brillantes.



—Más os vale portaros bien mientras estamos fuera —dijo Tom, mirando al uno y al otro—, porque si no...

No sabía qué decir después de eso, así que decidió dejarlo tal cual.

Las mostrorratas estaban en silencio, obviamente esperando más, pero Tom les dio la espalda y se dirigió hacia la escalera. Ya había pasado una pierna por encima de la barandilla de la nave voladora cuando Hediondo preguntó al fin:

—¿Y si no?

—Sí —quiso saber también Apestoso—. Si nos portamos mal, ¿qué destino nos aguarda?

Tom se detuvo, tratando de pensar en algo realmente horrible para asustarlas, pero no se le ocurría nada en ese instante.

—No quiero decirlo —dijo—, es demasiado horrible para hablar de ello.

Lo último que vio mientras bajaba por la escalera fue a las dos mostrorratas abrazándose muertas de miedo. Esperaba que ese miedo las mantuviese a raya el tiempo suficiente como para que todos hiciesen sus recados y volviesen a la *Reina*.

—¿Todo bien? —preguntó Percival cuando Tom llegó al último escalón y saltó al suelo.

—Sí, todo bien —contestó Tom—. ¿Cuál es nuestro plan?

Tom notó la intensa mirada de Randolph posada en él.

—¿Que cuál es nuestro plan? —preguntó el Veni-Yan, aparentemente de buen humor, pero Tom notaba que había algo más tras las palabras del monje guerrero—. Había supuesto que tú, como *líder* de esta... búsqueda, nos dirías cuál era el plan... *muchacho*.

A Tom no le gustó cómo había pronunciado Randolph la palabra *muchacho*. Le hacía aún más consciente de lo improbable que era que el Sueño le hubiese escogido como líder de aquella extraña banda y cuánto dependía de él, de que ellos, tuvieran éxito.

Pero el Sueño *sí* que lo había escogido, no lo podía discutir. Sólo tenía una opción: liderar lo mejor que supiera.

Torpemente, Tom carraspeó antes de hablar.

—Eehh... Necesitamos provisiones antes de empezar nuestra búsqueda —dijo—, así que vamos a por ellas.

A todos les pareció bien aquello, pero no cambió el hecho de que parecía estar mal. Después de todo, sólo era un crío... Y allí había adultos.

—¿No dijiste que había una aldea cerca, Randolph? —preguntó Tom.

El monje Veni-Yan lo miró fijamente un instante con ojos inescrutables y se volvió y señaló hacia el bosque.

—Si no me equivoco, la aldea de Wolf's Hollow está más allá de ese bosque —explicó—. Yo iba a su mercado cuando todavía servía en los Veni-Yan. Allí deberíamos encontrar todo lo que necesitamos.

Percival Bone abrió su bolsa de cuero y sacó un pedazo de papel arrugado.

—Me he tomado la libertad de hacer una lista de la compra —dijo—. Lo primero que necesitamos son patatas... Unas cuantas arrobas si queremos que las hélices de la *Reina* sigan girando.

—No necesitaríamos tantas si Abbey y Roderick no hubiesen utilizado las nuestras como armas —Barclay se apresuró a señalar.

—¿Qué otra cosa les íbamos a lanzar a las mostrorratas? —preguntó Roderick, levantando las patas en el aire—. ¡Y tú también las lanzabas!

—Deberíamos haberlo tirado a él —se burló Abbey—. Además, él y Roderick se las estaban comiendo —dijo avanzando amenazadoramente hacia su gemelo, las manos convertidas en puños.

—Ya basta —dijo Percival, interponiéndose entre los dos hermanos, perpetuamente a la gresca. Continuó leyendo su lista de la compra—. Algo de carne curada y fruta, quizá más galletitas y...

—¿Cómo vamos a pagarlo? —preguntó Tom.

Percival levantó la mirada.

—Bueno, se me ocurrió que podríamos hacer trueque —dijo el Bone. Estaba mirando de nuevo dentro de su bolsa—. Siempre llevo a mano algunos objetos de Boneville que la gente pueda querer intercambiar por otras cosas.

—Y yo conseguí juntar algunas monedas —añadió Randolf. Se metió la mano bajo la túnica y sacó un pequeño saquito de cuero—. No es mucho, pero es mejor que nada —vació el contenido en la mano y se lo mostró.

Tom asintió. Estaba escéptico, pero si era todo lo que tenían, tendrían que apañárselas.

—Muy bien —dijo el líder de la búsqueda—. Vamos a por provisiones.